

## Una Sociedad Laborista

*Por Corrado GINI, Director de la Escuela Especial de Estadística de Roma, Italia. Versión al español de M. G. Padilla de Alanís. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.*

(Conclusión).

ES cierto que entre las naciones, como entre los individuos, los padres no deben esperar beneficios pecuniarios de los hijos, que, por ley natural (vale decir en ventaja de la especie), ven hacia adelante y no se sienten vinculados al pasado; pero deben sobre todo sentir orgullo ante los progresos que, continuando su vida, los hijos sabrán realizar. Y desde este punto de vista, no faltan a Europa motivos para mirar con confianza a sus hijos de allende el mar.

Civilización y disciplina: es obligación social. Los 6,000 años de ininterrumpida civilización, a cuyo desenvolvimiento nos hacen asistir la historia y la prehistoria, y el período quizá más largo que les precedió y que todavía se subtrae a nuestra curiosidad, han pasado como un rollo compresor sobre las gentes caucásicas, que fueron partícipes de él, y de él tomaron la dirección con cambios sucesivos, eliminando toda resistencia, aplanando todo desnivel. Bajo la acción combinada de la educación, de la tradición y de la selección natural y social, los elementos no conformes fueron dominados o eliminados. Nuestras reacciones intelectuales y morales se desarrollan así sobre la ruta trazada por el milenarismo imperativo social: sólo en la línea de nuestra conducta se hace

valer incondicional la personalidad del individuo. Nosotros generalmente no nos damos cuenta de ello, y ésto prueba lo perfecto de nuestra adaptación, o cabe decir, nuestro automatismo. Para darnos cuenta, es necesario parangonar nuestra conducta que nos parece natural, con aquella que, en las mismas cuestiones, parece natural a los pueblos que pertenecen a grados de civilizaciones diversas. La extravagancia, que en toda vieja civilización se atribuye a normas dogmáticas aceptadas por otras, es el reproche, el automatismo que cada una de ellas ha alcanzado. En verdad, yo creo, que, si existieran en Marte seres vivientes, como algunos suponen, y los Marcianos fueran, como los hombres se imaginan, seres perfectamente racionales, y quisieran juzgar de nuestra psique, poniendo como base la observación externa de nuestra conducta, ellos deberían tener, de las sociedades terrenales, la misma impresión que nosotros tenemos de la sociedad de las termitas, de las hormigas y de las abejas, que reaccionan diversamente según las especies y variedades raciales, pero todas aparecen, en sus reacciones, dominadas por el instinto, y sólo en la zona marginal de su conducta —socialmente indiferente en las condiciones normales de su vida— resultan susceptibles de apreciable adaptabilidad individual.

Ahora, no es ciertamente que el americano sea ni siquiera por este motivo, superhumano, o sobrehumano; pero es seguro que en cierto sentido, es ultraeuropeo. El automatismo es la cuota que se paga al progreso, y que sería la muerte del mismo, si la sociedad no tuviera periódicamente manera de renovarse, así como se renueva la serpiente cambiando piel, cuando ésta se convierte en envoltura inelástica. La renovación de la sociedad como la del individuo se efectúa mediante la segregación del organismo de elementos menos diferenciados que, cuando llegan a un ambiente adecuado, se desarrollan, y asumen, tarde o temprano, vida autónoma y características propias. Estos elementos menos diferenciados de la sociedad son las clases bajas, las clases trabajadoras: en el pasado, sus manifestaciones intelectuales y morales se han desenvuelto en máxima parte demasiado superficialmente para dejar apreciable campo a la acción formadora y eliminadora de la educación, de la tradición y de la selección. El acto de la segregación está constituido por la emigración. América representa precisamente el más conspicuo resultado del último gran hecho de renovación de las sociedades caucásicas. América ha heredado de Europa la técnica, la cultura, la ciencia, la moral, los hábitos, los aspectos civiles y militares; pero ha

dejado en Europa la coraza que, creada para defender tales conquistas, impedía hasta entonces el ágil proceso hacia nuevas metas.

No es que los americanos sean más inteligentes (yo al menos no diría), ni que sean más refinados (esto no lo dirían, creo, ni siquiera los americanos) y ni que sean más morales, en ningún campo; ni en la esfera sexual, ni en los negocios, ni en la ciencia, ni en la política, ni en la administración. Pero, en el campo de la inteligencia, como en el de la moral, en el campo de la ciencia como en el de la técnica, en el campo de la producción como en el del consumo, son más sensibles a todas las necesidades, más abiertos a todas las innovaciones, más dispuestos a todas las iniciativas, más simpatizantes con todas las audacias. No tienen todavía la mente anquilosada por los venenos de una fatiga intelectual milenaria y el corazón agotado por la dura experiencia de un largo pasado. Son todavía —como se dice comúnmente, con profundo sentido de la verdad— muchachos. Y precisamente por esto al europeo, penetrado de la grandeza de su historia y de la necesidad de su conformismo, y, tanto más cuanto más esté convencido de esto, da gusto encontrarse y volver entre ellos, como al ciudadano le gusta encontrarse y volver lejos de los obstáculos y de las multitudes urbanas, al abierto horizonte del campo, como el adulto, al declinar de la vida —y tanto más, cuanto más siente la decadencia avanzada— se complace en encontrarse y volver entre las nuevas generaciones y casi le parece rejuvenecer al contemplar su nuevo vigor de vida.

¡Qué primitiva ingenuidad y qué absurdo optimismo, y qué espe-luznante dispersión de energías, a los ojos de un parsimonioso y equilibrado y escéptico europeo! Pero, en compensación, ¡cuánta frescura de impresiones, cuánta prontitud de reacciones, y qué multiplicidad de iniciativas, qué ímpetu constructivo, qué agresividad frente a todo obstáculo! Y, en definitiva, ¡qué inagotable y omnilateral ritmo de progreso! El científico europeo, que recorra los temas de las disertaciones de un diplomático o de un título de una universidad americana, queda desconcertado frente a la desordenada variedad de los asuntos, con frecuencia frívolos, algunas veces extravagantes y de la desigualdad de los tratamientos empleados, a veces verdaderamente pueriles, como queda perplejo frente a la incoherente multiplicidad de los cursos, a la unilateralidad de los programas, a las inverosímiles lagunas de cultura y a la deficiente comprensión, de la que con frecuencia dan prueba estudiantes y maestros. El ingeniero que pasa revista al montón de patentes, puede sonreír de los inventos extravagantes y de las incesantes modificaciones. El viajero que, en la

estación, busca algo que leer en el tren, difícilmente encuentra, entre la masa de revistas que se le presenta, algo que valga la pena de leerse por un cuarto de hora. El lector de los diarios se encuentra de pronto, más que con una página, con una biblioteca de noticias en gran parte engorrosas. El parroquiano que recorra la lista de las viandas y de las bebidas o de los helados, queda embarazado frente a las más variadas y singulares combinaciones de ingredientes que el europeo habría creído inconciliables. Pero, al fin, el cliente termina con descubrir una combinación que le parece aceptable y que tal vez reserva a su paladar una agradable revelación. El lector del periódico, una vez orientado, encuentra en todos los campos las noticias más recientes. El viajero encuentra, en una u otra revista, cualquier novela que le ofrece destellos de nuevas situaciones psicológicas. El ingeniero, entre el montón de patentes, descubre alguna que responde, más que a sus previsiones, a sus necesidades. El abogado, entre las disertaciones universitarias, se encuentra en fin, con una obra de verdadero talento, que a veces señala una piedra angular sobre un camino nuevo. Así, en tantas ramas de la ciencia, de la técnica, de la organización social, está a la cabeza del progreso, si bien, fuera del campo experimental, su contribución a la recolección de hechos y a la sistematización de las teorías, prevalece sobre la aportación de ideas originales. En algunas ramas, por el contrario, América tiene casi el monopolio del progreso. También sucede a veces, que ahí donde está retrasado, de un golpe puede ponerse en primera fila. No es cierto que se trate sólo de progreso material, que con el mismo ímpetu con que los americanos penetran en las entrañas de la tierra en busca de sus tesoros, penetran también en los retiros del alma humana, buscando las recónditas armonías y las secretas contradicciones. Tampoco es cierto que se preocupan sólo de la ventaja inmediata: si exploran las tierras, y el sobresuelo para disfrutarlos, no dejan atrás a los europeos en el explorar los abismos de los océanos y las extensiones heladas de los polos, y las savias y los cúmulos de ruinas que encierran los despojos de la pasada grandeza.



En contraste con la riqueza y la variedad de tantas manifestaciones de la vida, está con frecuencia una, para nosotros europeos, sorprendente homogeneidad de las reacciones individuales y una consiguiente solidaridad de las actitudes sociales frente a nuevas contingencias. Es, sin embargo, un contraste aparente. En Europa el conformismo impuesto

a aquella parte de la conducta que fué en el rodar de los siglos, vista como vital para el orden social, dejó subsistir, y casi impuso, una extrema diferenciación en la parte de la conducta socialmente indiferente, que el individuo tiene necesidad de desplegar en cualquier campo de la propia personalidad. Por esto, al presente, los europeos, en todos los campos en los que la autoridad y la tradición no exigen ser conformistas, resultan extremadamente heterogéneos, y no se sujetan a un ulterior conformismo, sino con un supremo esfuerzo, en tiempos peligrosos o bajo la guía de hombres excepcionales. En los americanos, en cambio, la menor sujeción sufrida en el pasado, ha dado lugar a una mayor indiferenciación, a una mayor plasticidad, por lo que, frente a nuevas contingencias, se vuelve menos difícil, y algunas veces natural, a los individuos, reaccionar en modo uniforme. En muchas manifestaciones de la vida, América parece así, al europeo, una “nación totalitaria”. Y por esto precisamente necesita menos de una amplia intervención gubernativa; y por esto también puede concederse el lujo de una enmarañada variedad de expresiones y de actitudes en otros campos. La sociedad no podría en verdad subsistir sin un mínimo de conformismo; pero la América tiene, respecto a Europa, la ventaja de que su conformismo no ha sido formado del pasado, y puede por lo tanto, adaptarse fácilmente a las exigencias del presente y del porvenir. Por cuya razón se entiende el punto de vista de aquel americano que, saliendo del Panteón de una de las gloriosas naciones europeas —me parece fué del Duomo de Cracovia— exclamaba: “Todo esto es estupendo; pero, después de todo, yo prefiero las naciones que tienen su historia delante”.

América tiene ciertamente para sí el mañana de la historia. ¿Pero será una historia de muchos mañanas? Por otra parte, ¿se tratará de un meteoro análogo al marcado por la Magna Grecia sobre el firmamento del pasado? La duda está justificada. Las antiguas civilizaciones, hechas demasiado rígidas por la tradición, muchas veces se han renovado a través de la emigración de sus clases bajas: pero se diría que éstas han dado seguramente lugar a nuevos organismos durables sólo a través de una completa fusión con otros pueblos. El experimento del desarrollo autónomo de un segmento de la sociedad, representado por las clases trabajadoras, pocas veces se ha efectuado por medio de la naturaleza, y, por lo menos alguna vez, no ha tenido éxito. No se ha dicho en verdad que las sociedades altamente diferenciadas, como los organismos altamente diferenciados, puedan reproducirse por segmentación. El más conspicuo de tales experimentos, conviniendo con las noticias que me parecen las

más plausibles, puede reconocerse precisamente en la Magna Grecia. Toda una cadena, que de Cuma y de Tarento se extendía hasta Imera y a Selinunto, de ciudades fundadas por colonos venidos de todas partes del mundo helénico, se desarrolló en pocos siglos, a tal grado de competir en las conquistas científicas y técnicas, al igual que en los sucesos atléticos, con la madre patria y de eclipsarla en potencia y fastuosidad. Pero fueron opulencia y potencia efímeras; después de algunos siglos, las poblaciones originales de la península itálica tuvieron que volver a adquirir superioridad, y las colonias griegas asimilarse o disolverse en su seno. Leyendo, sin saber a quién se refiera, la descripción que cualquier historiador nos presenta, de las características psíquicas de los habitantes de la Magna Grecia en el período del florecimiento, se puede creer que se habla de las actuales poblaciones americanas, también se adapta a ellas la descripción. 19 También en las peculiaridades que señalan las ciencias y las artes de los dos países, se revela un paralelismo impresionante. 20 Y el contraste que presenta la antigua Grecia continental, de los horizontes limitados, impregnada de arcaísmo fiel a las disposiciones políticas del pasado, impedida por las instituciones tradicionales, y la nueva Grecia colonial, en donde, en más vasto horizonte, todo germen se desarrolla y florece y fructifica con ritmo

19 He aquí cómo nos la presenta Jardé:

"... comparées au reste de la Grece, ces populations de Sicile et de Grande Grece offraient des caracteres originaux. Installés dans des pays neufs, les émigrants se soucient moins que les habitants des antiques cités des traditions et des usages légués par les ancêtres. Obligés de s'adapter a d'autres milieux et a d'autres circonstances, ils montrant plus d'initiative et prennent une liberté de mouvements plus grande. Ils ont un esprit plus pratique, plus utilitaire. Ils ignorent les raffinements et les délicatesses des vieilles civilisations. Ils sont moins sensibles a l'harmonie et a la mesure et commettent les fautes de gout des parvenus... ils aiment le luxe et les fetes... Ils étalent cette opulence avec une complaisance naïve qui n'exclut pas un certain sens de la réclame. Souci des intérêts pratiques, gout du colossal et du décor somptueux, désir d'étonner le spectateur, voila les traits qui marquent la civilisation de la Grece italique et sicilienne". (A. Jardé, La formation du peuple grec. Paris. "La Renaissance du livre". 1923, pags. 267-268).

20 Continúa Jardé (*op. cit.*, pág. 268-270):

"L' architecture a traduit a merveille ce caractere... Le trait dominant en est la tendance au colossal... la philosophie s'est... , comme l'architecture, adaptée aux besoins et aux gouts des Grecs d'Occident... la spéculation philosophique a un but utilitaire. Les philosophes cultivent les sciences appliquées... Ils se melent aux affaires publiques et construisent des systemes politiques. Enfin, ils ne sont pas toujours exempts des défauts de leurs citoyens: leur langage et leur attitude visent a forcer l'attention du public et leur ostentation n'est parfois qu'une forme de réclame".

febril y donde, en la fusión de las diversas estirpes, madura la conciencia de una unidad étnica de orden superior a las unidades políticas de origen, no se renueva tal vez entre la situación política y las concepciones filosóficas y sociales de la vieja Europa y aquéllas de la nueva nación americana. 21.

¿Vendrá tal vez un día en que historiadores de una Europa quizá decrepita, quizá renacida (como renació después la Grecia continental),

21. Substitúyase en el pasaje siguiente, a "Esparta", los "Dóricos", "Germania" y "Teutones", a "Atenas", "Inglaterra", a "Mileto", "Naucratos" y "Siracusa", "Boston", "New York" y "Chicago" a "Grecia metropolitana", "Magna Grecia", y "nación griega", "Europa", "América", y "nación pan-europea", y se tendrá un cuadro, desde muchos puntos de vista, fiel, de la actual situación, y tal vez también sugestivo de futuros desenvolvimientos. "Elle (la colonisation) a joué un grand rôle encore dans la formation de la nation et du génie grecs. Qu'on jette les yeux sur la Grece d'Europe du VIe siecle. Sparte renformés et comme isolée dans le Péloponnese, se raidissant peu a peu dans le conservatisme des peuples insulaires. Athenes encore tout imprégnés d'archaïsme, n'arrivant qu'a grand peine a se dégager de ses institutions primitives; tout cela donne l'impression d'un monde aux idées étroites, a l'horizonborné, ne vivant que pour lui-meme, satisfait d'une économie rurale toute rudimentaire. Qu'on se tourne alors vers l'Ione our vers la Sicile et tout change: au spectacle de contrées nouvelles et au contact de peuples différemment civilisés la plus grande Grece a senti s'éveiller son initiative, a ouvert son esprit aux fécondes influences du dehors et a porté dans tous les domaines une activité presque fébrile. Tout germe, fleurit fructifie dans la Grece coloniale, le grand commerce et la richesse mobiliere, les lettres et les arts, la pensée philosophique et scientifique. C'est la Grece du dehors qui est l'initiatrice de la Grece métropolitaine. D'autre part, la colonisation a rapproché et melé les peuples de toute la Grece. Des Achéens, des Doriens, des Ioniens se sont donné la main pour des oeuvres communes et ils se sont reconnus comme les membres d'une meme famille. Aux Spartiates qui se croient d'une race supérieure et qui se refusent a toute intrusion d'éléments étrangers au risque d'affaiblir progresivement la cité, s'opposent les Ioniens ou dans une meme population sont venus se confondre et indigènes et Grecs de toute origine. C'est dans les grandes places cosmopolites, á Mileto, á Naucratis, á Syracuse qu'a du se constater la communauté de race, de langue, de croyances, et qu'est née par conséquent l'idée d'une nation grecque". (Jardé, *op. cit.*, paggs. 278-280).

Noticias y consideraciones interesantes sobre el florecimiento y la decadencia de la civilización de la Magna Grecia, pueden aún encontrarse en los *Appunti sulla parabola delle città della Magna Grecia* presentados por L. SPAVENTA, DE NOVELLIS al Congreso Internacional de Sociología de Bruselas. Véase la Sezione Italiana dell' Instituto Internazionale di Sociología al Congreso di Bruselas (25-29 agosto 1935) publicación realizada al cuidado del Comité Italiano para el Estudio de los Problemas de la Población, Roma, 1935.

o aquéllos de nuevas civilizaciones del Asia o de Sud América, transmitan los sucesos de una magna Europa que, a caballo de los dos océanos, se haya elevado en un breve lapso de tiempo, a tal grado de civilización y de potencia, que obscurezca a la madre patria, pero que con igual rapidez haya decaído y se haya disgregado, dejando el puesto a las poblaciones circundantes? No faltan indicios en tal sentido. El demógrafo dice cómo América, que Malthus ponía como ejemplo de una población, que desarrollándose, casi sin frenos, se acercaba al máximo teórico del crecimiento, esto ya desde hace algunos años en virtual disminución demográfica y cómo su reproductividad declina con ritmo que da espanto. Un pesimista podrá agregar que, de México, de las Antillas y de las Filipinas, la reinvasión de América de parte de las estirpes de color está ya realizándose, mientras los indios, ahora en gran parte mestizados, muestran, en medio de las poblaciones blancas declinantes, una decisiva vitalidad. El sociólogo quedará frío ante tales eventualidades. No son civilizaciones eternas —él observará. Todos los pueblos están destinados a pasar, y su grandeza, como la de los individuos, no se mide por la duración de la vida, sino por la grandeza de sus hazañas y por su herencia. La Magna Grecia sobrepaja en la historia por haber enriquecido el patrimonio de la humanidad con tesoros inestimables en el campo de la filosofía, de la ciencia, de la técnica. América de día en día contribuye potentemente, con pequeños y grandes descubrimientos, al progreso de la civilización mundial.

Lo que al presente mina la base de la sociedad americana, como ha minado las sociedades de la Magna Grecia, es el problema demográfico. Pero éste no es —se dirá— un problema particular de la América. ¿No es quizá la crisis de la natalidad evidente en todos los países de la Europa central y nord-occidental? Esto es cierto; pero esta crisis asume en América aspectos particulares.

En América sobre todo, se ha disimulado con la inmigración y con sus efectos cualitativos y cuantitativos; pero ésto es menos evidente, y precisamente por esto, es más peligrosa.

Por otra parte, en América la disminución de los nacimientos no puede, y sobre todo no pudo en el pasado, determinarse por aquellos factores económicos a los cuales muchas personas en Europa atribuyen dicha disminución, y que, si no causas, fueron ocasiones y pretextos. Las dificultades de la vida, las preocupaciones del porvenir de los hijos, el deseo de mantener y mejorar el rango tradicional de la familia, son circunstancias que bien poco peso pueden haber tenido en la sociedad



americana. Para los agricultores, al contrario, los hijos representarían todavía ahora, como en los tiempos de Alción de la alta natalidad, un beneficio para la economía familiar.

Por otra parte, circunstancias múltiples concurren a determinar la crisis de la natalidad americana.

La superioridad intelectual y social de la mujer, mal se lleva con aquella que podría llamarse su servidumbre doméstica. La cual, por otra parte, a paridad de otras condiciones, sería en América, mucho más frecuente que en Europa, por cuanto sólo una pequeña minoría de privilegiados puede hacer la limpieza de las mansiones domésticas por medio de sirvientes. De aquí el esfuerzo de reducir tales mansiones domésticas a un mínimo, resultado que ha sido posible por un conjunto de circunstancias; progresos técnicos que ponen a disposición del ama de casa aparatos prácticos y económicos: cocinas eléctricas, refrigeradores eléctricos, aparatos para el lavado de los platos, aspiradores de polvo; difusión del teléfono y organización de los pedidos a domicilio, que evitan el salir de compras; alimentos en conserva, o ya confeccionados en tiendas a propósito, y algunas veces cocinas comunes a todos los habitantes de una casa de departamentos, o servicios de restaurante a domicilio, que relevan de la cocina familiar; abundantes harinas y bebidas hechas para substituir, o cuando menos para reducir y abreviar la lactancia materna; difusión de los asilos infantiles y de las escuelas, y facilidad y seguridad de la circulación, que ahorran el acompañar a los muchachos. El hogar doméstico, símbolo tradicional de la unidad familiar, se ha olvidado.

¿Qué queda, pues, en realidad de la unión familiar? ¿Qué función de ella se ha conservado? Perdida su función económica con la desaparición del artesanado y de la industria a domicilio. Perdida su función de centro de instrucción con el desarrollo de las escuelas públicas y de los jardines de niños. Perdida su función educativa y religiosa por la ausencia de los padres que, absorbidos por las obligaciones profesionales y los deberes sociales, no tienen con los hijos más que relaciones superficiales y fugaces. Perdida su función, importantísima, de educación sexual, que se considera en la actualidad materia susceptible de ser enseñada públicamente. Perdida su función, no advertida, pero también importantísima, de formación político-social, para la cual se preparaba en el seno de la familia, a través del intercambio de ideas entre esposos y entre padres e hijos sobre los sucesos del día, una concorde reacción a las situaciones sociales y políticas: ahora, en cambio, en la oficina, en el club, en

las asociaciones, en la tribuna, en la escuela, cada miembro de la familia se forma un propio criterio independiente, y la familia, más que un núcleo de cohesión social, se vuelve con frecuencia un campo de discusiones y de contrastes.

¿Qué maravilla si, en tales circunstancias, aún la última de las funciones, que ha quedado a la familia, la función reproductora, se va reduciendo? En todo organismo, las varias funciones se integran alternativamente; el debilitamiento de una reacción sobre otras; el debilitamiento de muchas lleva inevitablemente al desmembramiento del organismo.

En el moderno funcionamiento de la familia americana, los niños representan, en realidad, un grave obstáculo y una seria preocupación, análogos a los que representarían en Europa para una familia en la que los casados estuvieran empleados y vivieran sin servidumbre, en un apartamento alquilado. Ellos representan pues, de hecho, una seria limitación a la libertad de divorciarse, que se ve como una de las manifestaciones de la libertad individual, de la que aún los americanos más enamorados, yo creo, no prescinden en sus previsiones para el porvenir.

Por otra parte, falta a la función reproductora de la familia americana el apoyo de aquellos sentimientos tradicionales que en muchos países de Europa están todavía en plena actividad.

Falta el apoyo del sentimiento religioso. La religión protestante, prácticamente al menos, no impone a los casados la obligación moral de la procreación. El catolicismo en América, en éste como en otros puntos de vista, se ha venido, diré así "protestantizando". A alguna distancia, pero seguramente, la disminución de la natalidad de los católicos sigue a la de los protestantes. La misma iglesia católica, que, en general, reduce la oposición a la racionalización de los nacimientos, desde que los descubrimientos de Knaus y de Ogino han proporcionado el medio de conciliarla, formalmente al menos, con los preceptos tradicionales, en América, para evitar lo peor, autoriza también la propaganda de las formas que sugirieron tales descubrimientos. 22

Falta el apoyo del sentimiento de rango. Por múltiples circunstancias, no hay en América algún prestigio del nombre, ni ningún afecto al nombre. Antes bien, en vista de que la inmensa mayoría de las familias no

22 Cfr. el tomito de LEO J. LATZ *The Rhythm of Sterility and Fertility in Women*. Sixth Revised Edition, 200th Thousand, 1930, precedido de una introducción del jesuita J. Reiner y publicado con la aprobación eclesiástica. Puede encontrarse una crítica de él en "Genus", Vol. IV., ns. 3-4.

tienen genealogía: el padre, o cuando menos el abuelo era un campesino; si no lo era, hay la duda de encontrar entre los propios antepasados algún deportado. Muchos nombres son, pues, comunísimos; por lo que el nombre ha perdido su función de caracterizar la familia y aún más la de hacer reconocer al individuo. Para conocer al individuo, es necesario agregar las iniciales del apellido, o más frecuentemente, de los apellidos, porque, dada la frecuencia de algunos nombres y apellidos, es oportuno y con frecuencia acostumbrado, el hacer preceder el nombre de algunos apellidos. En tales circunstancias, se comprende también la facilidad con que en América, se abandona el propio nombre, facilidad que no presenta obstáculos prácticos, dada la ausencia de registros anagráficos. Entre nosotros, sólo los parientes de los más graves delincuentes piden con especial procedimiento, cambiar el nombre; para los mismos miembros de comunidades enemigas de éste, cuando se les aconseja o se les impone el cambio del nombre, recurren a una variante lo más ligera posible, conservando la raíz del nombre primitivo cuando menos, como símbolo de la continuidad de la propia estirpe. En América, nada de esto: el hebreo quiere ocultar su propio origen, o el pugilista de origen latino o eslavo que quiere ser mejor aceptado por el público, adopta de punta en blanco un nombre de puro cuño anglo-sajón.

La ausencia de todo orgullo de casta tiene efecto práctico, importantísimo, ya que el anhelo de los nietos es tal vez desconocido a los abuelos americanos. Los vínculos entre las generaciones sucesivas son, por otra parte, menos sólidos en América que en otros países. En realidad, los hijos tienen menor necesidad de protección: llegada la mayor edad, la facilidad del empleo les garantiza una existencia autónoma; la experiencia y la independencia de la mujer se vuelve superflua, y haría por el contrario, resultar insoportable y parecería ridículo, no digo toda imposición, sino aún todo sugerimiento autoritario sobre la elección del marido. El culto de los antepasados, al igual que el de los Penates, base del antiguo organismo familiar, no ha dejado apreciable huella en la familia americana.

El sentido de civismo no ha tenido mayor desarrollo que el orgullo de casta. En la ideología democrática, según la cual los ciudadanos no han sido hechos para el bien del Estado, sino el Estado para el bien de los ciudadanos (y generalmente esto se interpreta en el sentido restrictivo de bienes de los actuales ciudadanos), mal puesto encuentra la idea de que

se deben tener hijos en beneficio del Estado <sup>23</sup>. No se debe apelar a una obligación social hacia la comunidad que, con la protección de la vida y de los bienes, con la instrucción y con todos los demás servicios públicos, ha vuelto posible nuestra existencia y la formación de nuestra personalidad. Yo no he pedido traerme al mundo —me respondía una señorita americana— y encuentro que la vida que me ha sido dada está suficientemente llena de infelicidad y de preocupaciones, para sentir el deber de crearme otras.

Quizá la más grave, sin embargo, de todas éstas, también gravísimas circunstancias, es la otra consecuencia también, de la superioridad individual y social de la mujer americana. Tal superioridad resultaría incompatible con aquella condición de inferioridad sexual que, en grado diverso, se siente en las sociedades europeas y que la vemos como necesariamente conectada con la constitución fisiológica de la mujer. Se ha realizado así en América, una casi absoluta paridad en las relaciones entre los dos sexos, que se resuelve no raramente en una absoluta posición de privilegio de la mujer. En muchos otros países del mundo, se procede, en medida creciente, aquella que se llama la *racionalización de la proli-ficación* (racionalización —se entiende— inspirada en consideraciones de ventaja y de satisfacciones individuales, racionalización —podremos decir— *edonística de la proli-ficación*). Pero en América se verifica generalmente una *racionalización edonística*, con base igualitaria, de las relaciones entre los dos sexos, que tiene un valor mucho mayor.

De aquí la actitud de la sociedad frente al divorcio, al matrimonio de prueba, al matrimonio entre camaradas. Más que de la frecuencia de tales fenómenos, el europeo se impresiona de la actitud, si no de indiferencia, de amplia tolerancia, con la que son vistos por buena parte de la sociedad. De aquí también la frecuencia, en todas las clases sociales, de las relaciones entre muchachos y muchachas, y la escasa importancia atribuída a la virginidad de la mujer. En éste, como en otro argumento, la mujer no admite un trato diferente del hombre, y en cambio, no omite sacar partido, en las demandas presentadas por simulada violencia, de la presunción de iniciativa masculina, que todavía se admite en el organismo

23. Esto no es verdad sólo para la democracia americana, sino también para las democracias europeas. Véase el artículo del Prof. G. Myrdal, *Population Problems and Policies in Social Problems and Policies in Sweden* "The Annals of the American Academy of Political and Social Science", Vol. 197. Mayo 1938, y la crítica de él hecha en "Genus", Vol. IV, ns. 3-4.

judicial. El recato, el pudor, aquella aureola de misticismo, que circunda entre nosotros, como en muchas sociedades, la esfera del sexo, ha desaparecido en América en medida mucho mayor que en otros países.

¿Puede durar una sociedad en tales condiciones?

La respuesta, a mi parecer es negativa.

Repercusión mundial han tenido los descubrimientos de Freud, que han revelado la existencia y la importancia de la restricción y represión de los instintos sexuales, que se verifican inconscientemente desde la infancia y los efectos, en parte dañosos para el equilibrio nervioso, que derivan de ellos. La repercusión ha sido particularmente fuerte en América, donde se ha creído poder interpretar tales resultados como una justificación científica de la naturaleza, si así se puede llamar, de las relaciones sexuales de la juventud. Pero la interpretación, a mi modo de ver, es fundamentalmente errónea. Ante todo, los inconvenientes señalados por Freud no son exagerados; ellos se refieren esencialmente a las clases pudientes y particularmente a las clases acomodadas ciudadanas. Por otra parte, no se ha dicho que, porque una institución o uso presenta inconvenientes, por ese motivo se pueda útilmente suprimir. Si generalmente es así, podremos afirmar más bien, casi con seguridad, que aunque se nos escapen las razones, dicha institución o costumbre, es necesaria, y que su abolición provocaría inconvenientes muy superiores a aquéllos que se quieren eliminar. Ahora, la restricción de los instintos sexuales es fenómeno general en las sociedades civilizadas, tanto como en las primitivas.

Donde la sociedad se desvincula de la pesadilla cotidiana de las subsistencias, tal restricción da lugar, en las sociedades primitivas, a verdaderas y propias escuelas de iniciación. Etnólogos aún prudentes, han reído un poco de estas escuelas, comparándolas con las escuelas nuestras. Pero no han entendido el significado, que es bien diverso. No son escuelas de instrucción, sino escuelas de educación sexual, logradas algunas veces a través de prácticas de sugestión y de magia <sup>24</sup>. Una sociedad puede durar indefinidamente sin instrucción; pero no puede durar más allá de pocas generaciones sin disciplina de la vida sexual.

24. Cfr. particularmente, a propósito, las observaciones y consideraciones de Sonabend relativas a Bantu. E. H. SONABEND, *Il Fattore demografico nell' organizzazione social dei Bantu*. Comité Italiano para el Estudio de los Problemas de la Población. Serie I, Vol. III, Cap. XII, *Disciplinamiento della vita sessuale*, págs. 323 y siguientes.

Esto sucede por un complejo de circunstancias biológicas y morales. Por una parte, las facultades sexuales no resisten si se usan sin restricción, y la procreación sufre. En la generalidad del mundo orgánico, estas restricciones se suceden naturalmente por medio del alternarse de las estaciones de los amores con las estaciones de reposo. En la especie humana, tal mecanismo natural debe ser substituído por un mecanismo diverso. Este es diferente en las diversas poblaciones más evolucionadas. En las poblaciones y en las clases que viven bajo el incubo de las subsistencias, el continuo trabajo cotidiano, al cual están obligadas, les absorbe completamente la actividad y no deja al instinto sexual más que limitado tiempo para su satisfacción. El instinto de conservación y el instinto de reproducción naturalmente se equilibran. En las poblaciones que, aun siendo primitivas, viven en condiciones de relativa abundancia o en las clases acomodadas de las naciones civilizadas, la disciplina de la vida sexual se obtiene, en cambio, mediante una educación más o menos rigurosa, que la tradición refuerza a través de las generaciones.

Todavía más necesaria es la educación y la tradición para obtener la subordinación de los intereses del individuo o aquéllos de la especie. Sin tal subordinación, se podrá tener algún hijo por costumbre social, por un residuo de los instintos maternos y paternos, por curiosidad; pero no se podrá tener una prolificación suficiente para mantener, y menos aún para propagar la estirpe. En el mundo orgánico, es generalmente el instinto el que actúa, irracionalmente tal subordinación. En el hombre, animal razonante, el instinto no está todavía dominado por la acción contraria de la razón en la generalidad de muchas poblaciones y en las clases bajas de muchas otras. Sólo que un más agudo contraste entre los intereses del individuo o de la familia y aquellos colectivos, que se verifica en las clases pudientes y en particular en las categorías intelectuales, una mayor sensibilidad al lado económico de los problemas, efecto del progreso material, una menor preponderancia del instinto genético que se tranquiliza en las condiciones de calma y de abundancia, tienden a dar la supremacía a la razón en las sociedades modernas. Sólo mediante una restricción realizada sistemáticamente por algunas generaciones, disfrutando los sentimientos de prestigio familiar, de solidaridad nacional, de responsabilidad social, de misticismo religioso, y mediante las tradiciones familiares y sociales que se derivan de ella, puede la sociedad resistir, más o menos eficazmente, a tal tendencia. Cuando una familia de las clases bajas, de pronto sube a las clases elevadas, la insuficiencia de la educación y la falta de la tradi-

ción, muchas veces se hacen sentir peligrosamente. A esto se debe no raramente la disgregación de las familias de los *parvenus*. Hijos e hijas, se dejan ir sin freno a una vida desordenada. Si no llega a arraigar en los cuadros de una vieja estirpe burguesa o de una casa noble, la familia, después de una o dos generaciones, con frecuencia se disuelve en el vicio y en la crápula. Los hijos, y más raramente las hijas de las viejas familias de la aristocracia y de la burguesía, son algunas veces —es verdad— tan libres de costumbres como los hijos y las hijas de los *parvenus*. Pero habitualmente la reacción del ambiente familiar, el deseo de continuar el nombre adquirido, la conciencia de un deber social, toman el predominio y, pasados los errores de la primera edad, el joven se pone en juicio y se hace hogareño. Las fuerzas tradicionales del grupo han tomado preponderancia. En las familias de los *parvenus*, faltan estas fuerzas del grupo.

Al presente, algo análogo, en grande escala, sucede en las poblaciones coloniales, que no se arraigan a los cuadros tradicionales de una sociedad preexistente. Esta es la suerte que han corrido las civilizaciones de la Magna Grecia. Es la suerte que amenaza a la civilización americana. La civilización está, en verdad, caracterizada por el relajamiento de muchas de las limitaciones sociales que rigen en la madre patria. Esto se acerca más a la naturaleza. Está aquí la principal atracción que la colonización ejerce sobre los pueblos emprendedores y, en cada pueblo, sobre los espíritus intolerantes y arriesgados. Pero al colono se imponen los obstáculos que encuentra el pionero en su dura vida, y en ocasiones otros, quizá más severos. Proviengan, como con frecuencia sucede, o no provengan de las clases bajas, los colonos se acercan de todos modos, desde este punto de vista a las clases trabajadoras. Diverso sin embargo, es el porvenir que les espera cuando los recursos de las nuevas tierras y la aportación económica de las nuevas oleadas de inmigrantes permiten a los colonos llegar rápidamente a la prosperidad. La nación adquiere ahora el carácter de una nación de *parvenus* y está expuesta a los peligros que amenazan la descendencia de los *parvenus*. Donde los colonos se funden con poblaciones locales, aunque de civilización más retardada, el peligro (aparte de la posibilidad que el cruzamiento sea deleterio, desde el punto de vista biológico o cultural) no existe, porque también en las civilizaciones más retrasadas no falta una severa reglamentación sexual y la mujer, que es la más rígida custodia de ésta, la conserva y la hace valer frente a los hombres colonizadores. El peligro existe para las sociedades, como la americana, que substancialmente representan un derivado, exento de aprecia-

bles cruzamientos y desarrollado en condiciones excepcionales favorables, de las clases inferiores de otras poblaciones.

No se debe excluir la intervención de una directa causa biológica. El rápido ascenso en la escala social, que se efectúa en tales sociedades, implica un proceso, que puede llamarse de "celebración" del organismo <sup>25</sup>, el cual puede ser demasiado rápido para resultar compatible con el normal desenvolvimiento de las funciones reproductivas, particularmente de la mujer. De muchas personas en América he visto hacer o referir la observación que las mujeres de las familias inmigradas, después de una o dos generaciones, con frecuencia pierden, con la asimilación de la civilización americana, toda reproductividad. Trátase probablemente de generalizaciones basadas sobre observaciones particulares que deben ser acogidas con reserva. Pero el hecho, bien constatado por los estadísticos americanos, de una rápida disminución, ocurrida después de la limitación de la inmigración, de la fecundidad de los americanos nacidos en el exterior o de sus hijos, no alimentados más por nuevos contingentes de inmigrantes, para descender casi al nivel de la fecundidad de las viejas familias americanas, sugiere la posibilidad de que tales observaciones tengan un fundamento.

Así, en conjunto de razones explica cómo la historia, que tantos ejemplos nos ofrece de colonizaciones bien logradas, no ofrezcan en la medida que me consta, un ejemplo bien acabado de una nación duradera, surgida sin la interferencia del desarrollo autónomo de aquel fragmento de la sociedad representado por las clases trabajadoras.

No es mi objeto en este artículo el hacer vaticinios. La historia difícilmente se repite, y en muchas ocasiones cambia de dirección cuando menos se espera. Las condiciones casi ideales del experimento americano se están perturbando, como observamos desde el principio, bajo la influencia de la inmigración de elementos de las clases intelectuales, determinada por las tendencias ideológicas o racistas prevalentes en muchas naciones europeas, y es posible que tal inmigración se acentúe como re-

<sup>25</sup> Cfr., a propósito, cuanto se ha dicho en *Le basi scientifiche della politica della popolazione, corso impartito nella R. Università di Roma, raccolto a cura del Dott. Giulio Rugio*. Roma, R. Università. Instituto de Estadística, 1931, págs. 112-115, desarrollando las ideas ya expuestas en el discurso sobre "*Le relazioni dell'eugenica con le altre scienze biologiche e sociali*", pronunciado en el Primer Congreso Italiano de Eugénica Social, "*Atti del Primo Congresso Italiano di Eugenetica Sociale*", Roma, Sociedad Italiana de Genética y Eugenesia, 1927, pág. 10.



sultado de la presente guerra. Si estas nuevas filas de inmigrantes llevaran a la vida lujosa, pero irregular de la nación americana, un elemento de disciplina, que sirviera para salvar su porvenir, podrían resultar radicales variaciones para el desarrollo de la civilización.

El resultado que me propongo en este artículo, es diverso y de doble objeto.

Desde el punto de vista científico, representa un ensayo de análisis sociológico de una sola nación, conducido según las fecundas directivas del neogermanismo. En cuanto al análisis aquí presentado aunque parcial, sirve —creo— para demostrar cuán a fondo se puede por tal vía, penetrar en la comprensión de un organismo social.

Pero no atiendo menos al resultado práctico. Los americanos tienen de Europa una incomprensión sorprendente, que se deriva de una ignorancia verdaderamente fantástica; pero también los europeos, a su vez, tienen mucho todavía que estudiar, si quieren conocer a fondo el alma americana. Sirva este artículo, para facilitar una mutua comprensión, de la que mucho beneficio recibiría la humanidad.